



*Dr. Salvador Debenedetti*

*en 1929*

# DOCTOR SALVADOR DEBENEDETTI

## HOMENAJE A SU MEMORIA

---

El 1º de octubre de 1931 se realizó, en el Museo de La Plata, el acto organizado en recuerdo del malogrado arqueólogo e investigador de las antigüedades del noroeste argentino, que fuera secretario del Museo durante la dirección del doctor don Samuel A. Lafone Quevedo, profesor de la Escuela de ciencias naturales y, posteriormente, director del Museo etnográfico de la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires.

En dicho acto, se colocó el retrato del extinto profesor en una de las salas del Departamento de arqueología y etnografía, pronunciando, el director del Museo, sentidas palabras de recuerdo, y a continuación, ya en el recinto de la biblioteca, el jefe del Departamento de antropología, profesor Milcíades A. Vignati, leyó la conferencia que había preparado sobre la obra arqueológica del doctor Debenedetti.

Entre la numerosa y distinguida concurrencia que asistió al acto estaban además de las familias del extinto, y del doctor Ambrosetti, el ingeniero Martín Solari, en representación del interventor de la Universidad de La Plata, doctor Federico Walker; el director del Museo antropológico de la Facultad de filosofía y letras, profesor Félix F. Outes y el profesor Francisco de Aparicio; los delegados de la Escuela superior de bellas artes, don Fernán Félix Amador y los del Museo Nacional «Bernardino Rivadavia», doctores Franco Pastore y Eduardo Casanova; los profesores del Museo doctores J. Keidel, Walther Schiller, Ángel Cabrera, Augusto C. Scala, Max Biraben y Emiliano J. Mac Donagh; numerosos profesores de otras escuelas, el secretario don Maximino de Barrio, personal de secretaría y la totalidad de alumnos y personal del Museo.

LA DIRECCIÓN.

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR LUIS M<sup>a</sup> TORRES

Señores delegados,  
Señoras,  
Señores :

Al cumplirse el primer aniversario del deplorado fallecimiento del doctor Salvador Debenedetti, el personal científico y docente del Museo de La Plata, que le contó entre sus colaboradores, le tributa este homenaje a su memoria, con todo el calor del más respetuoso afecto.

El primero de octubre del año próximo pasado llegaba a Buenos Aires la noticia de su desaparición, ocurrida en alta mar, frente a las costas del Brasil, cuando regresaba de un corto viaje a Europa, pero altamente halagador por sus resultados. El doctor Debenedetti — en unión de los doctores Quesada y Lehmann-Nitsche — había logrado después de una activa actuación en el Congreso de Hamburgo, que los Americanistas allí reunidos resolvieran elegir como sede de la reunión de 1932 a la ciudad de La Plata. Con dicho objeto había sido designado delegado de este Museo al mencionado Congreso, misión que, como queda establecido, dejara brillantemente cumplida.

El doctor Debenedetti que había cursado los estudios del ciclo de historia de los planes de la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires, amigo y discípulo de Ambrosetti, fué el principal colaborador en la tarea constructiva del Museo Etnográfico; desde las investigaciones en el terreno y la práctica de los procedimientos que prepararon los elementos en el laboratorio, hasta la que revelaba los resultados obtenidos en unas y otras tareas preliminares.

La contribución de Debenedetti se caracterizó, por sus condiciones positivas de ilustración y honestidad científicas, con trazos muy personales y atrayentes, y realizada por un sentimentalismo consecuente con la obra de sus maestros y colaboradores. Debido a la reunión armónica de sus condiciones personales fué siempre llamado a los cargos que desempeñara en su prolongada actuación universitaria, así en Buenos Aires como en La Plata.

La obra arqueológica de este autor se destaca, a la vez, por la vida de sus descripciones — iniciada con un estudio sobre Kipón — sin despreciar el detalle que sabía escoger con prudencia, y siempre que la suerte del análisis se lo permitía, complementaba sus primeros puntos de vista y ensayos de reconstrucción de culturas indígenas, con hipótesis aceptables, propias de un espíritu reflexivo. Expresado todo ello con vocablos sencillos, generosos; como ya lo dijera en

otra ocasión, con suavidad en la forma y tolerancia en el corazón, y siguiendo el ejemplo que le ofrecieron sus autores modelos.

No es exclusivamente en su producción arqueológica en la que podemos encontrar las características que he señalado, sino que ellas se advierten en otras manifestaciones de su amplia cultura histórica y literaria.

El señor profesor Milcíades A. Vignati, que me sucederá en el uso de la palabra en este acto, se particularizará con la contribución arqueológica, en todo un ciclo de trabajos que hacen honor a las instituciones que los patrocinaron; ciclo que ha sido cerrado con la aparición de una obra reciente, de trascendencia para la ciencia americanista, me refiero a la arqueología de los Barreales.

Revelan, además, sus estudios de pueblos y culturas arcaicas, una hondísima penetración del genio indígena de América, con un matiz pronunciado de melancolía lugareña, de los valles riojanos y catamarqueños o de los más desolados de la Puna, que provocaran en nuestro inolvidable amigo uno de sus más grandes afectos.

En nombre del personal del Museo de La Plata dejo inaugurado este retrato del doctor Salvador Debenedetti, para recuerdo constante de su vida eficiente y noblemente inspirada.

#### CONFERENCIA DEL PROFESOR MILCÍADES ALEJO VIGNATI

Señor secretario general de la Intervención,  
Señor director del Museo,  
Señoras y señores :

La dirección del Museo de La Plata me ha confiado la honrosa, al par que triste misión de destacar la sencilla ceremonia a que acabamos de asistir, recordando la personalidad y la obra del doctor Debenedetti.

Honda y penosa es la emoción a que debo sobreponerme para abordar serenamente el estudio del insigne maestro y del entrañable amigo. La evocación aviva la congoja con que nos sorprendió la noticia de su muerte inesperada y distante; el afecto reabre la dolorosa desgarradura de la separación definitiva; y abruma nuestra mente el desconuelo de la humana fragilidad al ver convertida en tela para la historia y entregada al respeto de las generaciones venideras, la imagen del compañero de afanes y de ensueños.

Le habíamos visto partir confiado y animoso para llevar la representación de la ciencia argentina al Congreso de americanistas de Hamburgo. Descontando un porvenir que se abría amplio y fácil, esbozaba la tarea a realizar, ingente y apasionadora; distribuía su tiempo entre

la investigación personal aun inconclusa, acumulando las colecciones con constancia de hormiga, y la labor sedentaria postergada para cuando las nieves del invierno pusieran un freno a sus actividades físicas. Entre tanto, el vigor de su cuerpo prometía una vida larga y activa y la agilidad y madurez de su espíritu presagiaban la fecunda cosecha de bellos frutos; pero la muerte, con golpe brutal, tronchó de repente el árbol en flor, como si a trueque de defraudar las más confiadas esperanzas quisiera retener para la eternidad el más bello y esplendente momento de su vida.

Así queda fijado en el retrato que de hoy en adelante presidirá las actividades de una de las salas de esta casa, primer homenaje duradero que una corporación científica argentina rinde a su memoria. Otras instituciones más íntimamente vinculadas a su obra podrán, más tarde o más temprano, levantar a su recuerdo suntuosos monumentos; alguna, en su actual organización, es en sí misma un monumento vivo a sus dotes de organizador y de estudioso; pero el Museo de La Plata, por iniciativa del señor director y con la anuencia del Consejo Académico, no ha querido retardar por más tiempo su homenaje al colaborador distinguido y eficiente, pagando así una deuda de gratitud contraída desde hace años.

El doctor Debenedetti estuvo, en efecto, vinculado a esta casa durante un largo lapso de tiempo, primeramente como secretario, función secundaria que supo dignificar con sus dotes personales, uniendo a la sencillez y afabilidad de su trato la constante y metódica actividad que fué el distintivo de su existencia, siendo incorporado más tarde al personal superior, al confiársele la cátedra de arqueología americana que mantuvo hasta su muerte.

En esta casa, sus ojos y su mente se extasiaban en la contemplación de las grandes colecciones que hablan a quienes saben amarlas, desde la quietud de sus vitrinas, reviviendo los afanes de una vida primitiva. El doctor Debenedetti las amaba y las interpretaba porque era, ante todo, un artista.

Ricamente dotado por la naturaleza, su espíritu captaba lo bello con espontánea naturalidad y, más aun, sabía expresarse con hermosas palabras que reflejaban fielmente su pensamiento y traducían su emoción vibrante y contagiosa.

No es de extrañar que, dadas estas condiciones, la literatura hubiese sido su primera vocación. En efecto, en su temprana juventud, cuando aun era casi un niño, aparecieron sus trabajos literarios iniciales, frutos de imaginación primorosamente cincelados que lograron destacar su individualidad entre la abundante producción de una generación que ha dado al país excelentes escritores. Desgraciadamente esa obra lite-

raria del doctor Debenedetti se encuentra dispersa y no sería fácil intentar una recopilación que él mismo juzgó innecesaria, tal vez porque la nombradía que después alcanzara en el campo científico le pareciera incompatible con aquellos ensayos de juventud. Sin embargo, la primitiva orientación nunca fué del todo ahogada por las graves preocupaciones de sus estudios posteriores y, por eso, hasta sus últimos días, no ha dejado de producir bellas páginas evocadoras, desconocidas, muchas de ellas aun por sus más íntimos, porque brotadas en un momento de inspiración, las aventaba despreocupado en las efímeras publicaciones de los pequeños pueblos adonde le llevaban sus inquietudes de explorador. Casi todas ellas se han perdido para siempre y sería una quimera pretender agruparlas en un conjunto armónico, porque fueron un desahogo momentáneo de su espíritu, como lo son los cantos que el pájaro da al viento.

Aun mismo en sus trabajos de índole exclusivamente científica, traspunta la educación literaria de la primera época. Por eso en su exposición serena, precisa y elegante no se constrañe a una fría enumeración de hechos y circunstancias, sino que palpita en ella la vida y, por el encanto de su arte, nos atraen y subyugan los panoramas desolados de nuestras soledades y las vicisitudes de los pueblos que desaparecieron. Hay en su producción científica algunas páginas que figurarán con honor en las antologías del futuro, descripciones de intensa realidad en las que alienta la poesía de las montañas abruptas, de la tarde que cae sobre el valle quieto y solitario y la tristeza del indio manso y extenuado que pasa, camino a su rancho, como un fantasma de la raza muerta.

Por una de esas extrañas concurrencias de factores que tan frecuentemente nos sorprenden en la vida, fué precisamente la literatura la que había de encaminar al doctor Debenedetti por la senda de las investigaciones arqueológicas. Buscando una disciplina a sus anhelos literarios, ingresó en la incipiente Facultad de filosofía y letras, donde había de encontrar a un alma gemela que, malgrado la diferencia de edad, pasó en poco tiempo de maestro a consejero y amigo. Me refirió al doctor Ambrosetti, patriarca de nuestra arqueología, ya por entonces autoridad indiscutida en todo lo referente a las viejas civilizaciones del territorio argentino. Él supo encauzar la inquietud espiritual del joven alumno hacia esa ciencia pura y desinteresada que tantos puntos de contacto tiene con el arte que, las más de las veces, se confunden. El discípulo inteligente y estudioso se convirtió en colaborador inseparable, en compañero de expediciones, en ayudante de gabinete, y más tarde, cuando la muerte se llevara al maestro, el consenso unánime habíalo ya consagrado como insustituible continuador.

Y es precisamente un rasgo que perfila la mentalidad del doctor Debenedetti la gratitud nunca renegada hacia el animador de sus estudios decisivos, tanto más notable cuanto que, por desgracia, es frecuente entre nosotros el espectáculo del discípulo impaciente que vuelve contra el maestro sus primeras armas, como si cada personalidad que se levanta hubiera de hacerlo a expensas de los brazos que le ayudan a surgir.

Varios son los trabajos que el doctor Debenedetti ha consagrado a la obra de su maestro (25, 27, 30). Todos ellos, aun los más recientes, reflejan la misma devoción que los de la primera hora y el mismo respeto, aun para salvar equivocadas interpretaciones.

El doctor Debenedetti inició sus investigaciones personales acompañando a su maestro en la explotación del filón inagotable de los cementerios indígenas del noroeste argentino. Desde entonces, hasta el fin de sus días, tuvo especial predilección por esas apartadas comarcas hoy dormidas en el sueño de una vida monótona y olvidada, pero que en épocas anteriores a la conquista y aun después fueron el asiento de numerosas poblaciones.

Su primer trabajo de índole arqueológica está consagrado a Kipón, localidad situada en la parte septentrional del valle Calchaquí (4). Entró allí en contacto con una civilización cuya influencia ha sido preponderante en gran parte del territorio argentino, y aunque lo sucinto del trabajo no le permitió en aquel entonces establecer comparaciones, ya aparecen en su breve monografía las dotes descriptivas y de observación que constituirían el carácter fundamental de su producción científica ulterior. Esto no obstante, pudo establecer en forma concluyente la estrecha relación entre el material arqueológico de Kipón y el extraído posteriormente en La Paya, identificándolos como productos de una misma cultura por la comunidad de las formas y la repetición de los símbolos, aunque posiblemente pertenezcan a épocas distintas. De no menor importancia fué la comprobación de la falta de contacto entre esa cultura y la llamada civilización peruana del Pacífico.

Otro interesante trabajo, aunque más discutido, realizó el doctor Debenedetti al pretender fijar las correlaciones e influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino (17). No es, como podría suponerse, una especulación de índole exclusivamente bibliográfica, sino una aplicación del conocimiento directo del material arqueológico del país y de una gran parte de las antigüedades bolivianas conocidas durante la excursión organizada por el décimoséptimo Congreso internacional de americanistas. Indudablemente, algunas de las correlaciones entrevistas por Debenedetti no resisten a una confrontación de conjunto; pero sería injustificada una crítica francamente adversa y un

abandono total de sus conclusiones que, en parte cuando menos, han sido adoptadas por buenos especialistas.

Otro de los problemas a que consagró mayor entusiasmo fué el de la determinación de las poblaciones aborígenes que habitaron la quebrada de Humahuaca, región que por su situación geográfica y por los mismos accidentes del terreno parece haber sido el lugar de convergencia y de asiento de varios y distintos pueblos. Muchos son los viajes que realizó periódicamente a la quebrada y gracias a su empeño tesorero, es hoy conocida la arqueología y la etnografía de ese sector. La primera vez acompañó a Ambrosetti para estudiar las ruinas del famoso pucará de Tilcara. En el curso de esa expedición, Debenedetti exploró un poco más al norte y siempre al margen de la quebrada el pequeño lugar conocido con el nombre de La Isla, recogiendo una abundante colección de alfarerías cuya descripción es una de sus obras más importantes (8), perfecta en cuanto al método expositivo y concluyente en cuanto a los resultados.

Allí se describe por primera vez una cultura nueva e insospechada, distinta de la que se encuentra en las localidades vecinas. Tal vez la única conclusión objetable de este trabajo es la de haber inducido la filiación chaqueña de esta cultura que, indudablemente, por su antigüedad, exige una interpretación inversa por imposición del factor cronológico, debiéndosela reconocer como originaria y asignándosele las selvas del Chaco como área de dispersión. Esa misma cultura fué localizada también por Debenedetti en El Alfarcito (29), lugar situado un poco más al este que el anterior. El nuevo hallazgo sirvió para precisar el valor diagnóstico de los valores culturales que la componen mediante los cuales se estableció la identidad de la cultura de El Alfarcito y La Isla y su diferenciación con la de Tilcara situada en un punto intermedio. A juicio del doctor Debenedetti, aquélla sería más antigua y correspondería a los primeros pobladores de la quebrada, en tanto que la otra, más moderna, fué la que después se generalizó en toda esa comarca.

En el año 1909 realiza una excursión al interior del Chaco, viaje que fué proficuo en resultados materiales, como que logró reunir una importantísima serie de utensilios domésticos y de adornos usados por las parcialidades chaqueñas. Nunca, sin embargo, encontró tiempo para describir esa colección y como único recuerdo bibliográfico de ese viaje ha dejado algunas observaciones acerca del estado actual de los indígenas del territorio, y de paso, ha formulado interesantes sugerencias acerca de los medios más conducentes a la incorporación de esas tribus a la vida civilizada de la nación (7).

Contemporáneamente a esas investigaciones individuales, proseguía en viajes sucesivos, la exploración del pucará de Tilcara, ayudando a su

maestro. Y, a este respecto, quiero anticipar una aclaración para evitar malentendidos acerca de una de sus últimas publicaciones.

Es conocido el hecho de que Ambrosetti, cuando acaeció su muerte, preparaba una exposición de las exploraciones realizadas en Tilcara. Los manuscritos celosamente cuidados por su sucesor, permanecieron durante muchos años guardados en el mismo lugar donde aquel los dejara. Allí estuvieron, sabidos pero nunca revisados, y el mismo Debenedetti manifestó en reiteradas ocasiones su propósito de darlos a la publicidad, ignorando por cierto su contenido. Cuando en el año 1929 en unión con su discípulo doctor Eduardo Casanova resolvimos la iniciación de una nueva serie de publicaciones del Museo etnográfico, se pensó de inmediato en los originales dejados por Ambrosetti. Pero como habían pasado muchos años, las expediciones a Tilcara se habían sucedido y las colecciones habían aumentado, le instamos amistosamente para que publicase la parte inédita de Ambrosetti continuándola con un trabajo propio hasta ponerla al día.

Poco después tan grande fué nuestra estupefacción como la suya cuando comprobamos que el grueso legajo de originales solamente contenía una copia textual de los diarios de viaje de Debenedetti.

Y es que el maestro, para estimular la labor investigadora del discípulo, había delegado en él la vigilancia y dirección de los obreros encargados de la remoción del terreno. Por ese motivo, no conforme con los informes verbales, copió los diarios que sobre cada uno de los hallazgos iba escribiendo Debenedetti, en los que consignaba sus observaciones acerca de la disposición del terreno y de los tipos de las piezas que se exhumaban. De esta suerte la esperada obra del viejo maestro se evaporaba, quedando sólo una transcripción literal de los diarios de nuestro amigo, siendo ésta la causa por la cual ha aparecido bajo su solo nombre el trabajo sobre el pucará (50), obra que por desgracia no alcanzó a terminar y que, seguramente, hubiera sido monumental a haber vivido los años necesarios para darle cima.

Debenedetti nunca quiso, por razones sentimentales y de ética, aclarar lo sucedido con la obra inédita de Ambrosetti. Jamás creí que tan pronto habría de corresponderme la obligación de deslindar esa paternidad para que no surjan torcidas interpretaciones acerca de la procedencia de los originales que serán la base de la obra descriptiva del material encontrado en Tilcara que, en conjunto, alcanza a varios miles de piezas. Repito que es verdaderamente lamentable que la muerte le haya impedido realizar esa tarea a fin de ampliar nuestro conocimiento acerca de esta otra cultura, la más moderna de las que existieron en la quebrada. Acaso, como un anticipo y resumen, sería conveniente la publicación de los manuscritos que ha dejado acerca de los yacimientos de Campo Morado, La Huerta, Yacoraité y los Amarillos que,

pertenecientes a la misma civilización, nos darían en series más reducidas una visión aproximada del complejo cultural de Humahuaca.

Aunque breve, lleno también de interés, es su estudio sobre el cementerio indígena de Baradero (11), el primero de época posterior a la conquista minuciosamente estudiado en el país, y uno de los pocos yacimientos bien conocidos de la provincia de Buenos Aires, donde durante muchos años no se habían encontrado vestigios de huesos humanos, ausencia que justificaba para investigadores de la primera hora, la creencia en la cremación de los deudos, entre los aborígenes rioplatenses.

Esta hipótesis, que importaba trasladar a una región muy meridional una importante práctica funeraria, hubo de ser desechada en presencia de los hallazgos realizados por Debenedetti, quien demostró que los restos humanos eran abundantes en el verdadero cementerio, en tanto que, hasta entonces, se les había buscado solamente en los paraderos.

En el transcurso de los años 1914 y 1916 realizó Debenedetti dos viajes de exploración a los valles preandinos de San Juan, haciendo excavaciones en Calingasta, Los Pozos, Angualasto, Barrealito y otras localidades cuya riqueza arqueológica era solamente conocida por referencias de Sarmiento y por algunos hallazgos casuales. Los resultados de esas expediciones han sido fecundos y han abierto un nuevo campo a las investigaciones porque, indudablemente, extienden hasta una latitud insospechada el área de dispersión de la cultura calchaquí que se había creído confinada a la parte septentrional del territorio argentino.

En los valles de San Juan, pudo localizar el asiento de varias poblaciones antiguas, propias de tribus agrícolas, de las cuales se conservan los restos de las primitivas viviendas de adobes y de otras construcciones destinadas a graneros o a corrales para guardar el ganado. Los cementerios de la región, aunque no muy abundantes en restos arqueológicos, fueron investigados con provecho y algunas de las momias exhumadas son piezas de excepción por la riqueza y excelente estado de conservación del ajuar funerario.

Una comprobación interesante anotada por Debenedetti en el curso de estas expediciones es la del intenso intercambio de culturas desde el norte y también a través de la cordillera hasta ese apartado rincón, ya que algunas alfarerías y utensilios prehispánicos pueden ser identificados con los de Coquimbo y Copiapó y con los de algunas localidades de Bolivia. Además fué otro resultado apreciable de estas exploraciones el eliminar del complejo de la arqueología argentina la supuesta «cultura de Calingasta», cuyos exponentes pudo recoger a lo largo de las cuencas de los ríos de Los Patos y Jachal. Es siempre un positivo servicio para estas ciencias la eliminación de tipos inconsistentes que

se introducen por afán de diferenciación, cuando no por desconocimiento, y recargan con su peso muerto la estructura ya de sí complicada de las clasificaciones inobjektables.

El relato de esas dos expediciones a los valles sanjuaninos forma un bello volumen (23), bien documentado como todos los suyos, de lectura agradable y fácil asimilación, porque con innata elegancia siempre evitó el párrafo retorcido y huyó de los tecnicismos inútiles. La claridad de su exposición era a un tiempo resultante y exponente del dominio completo del tema que desarrollaba.

Buscando fijar los límites de las diversas culturas indígenas, hubo de extender sus exploraciones hasta las lagunas Huanacache, extensos aguazales formados por los ríos San Juan, Bermejo y Mendoza. El material recogido en el curso de su expedición, aunque no muy numeroso, fué bastante variado, permitiendo ilustrar la arqueología de un sector que, por su ubicación geográfica, sirvió de asiento o de estación de tránsito a diferentes parcialidades.

Hubiera sido tarea sencilla para Debenedetti utilizar ese material y su personal conocimiento de la región para escribir una monografía acerca de las curiosas modalidades de sus primitivos habitantes, y de la supervivencia de muchas de sus costumbres; pero el exceso de ocupaciones sólo le permitió, entonces, preparar un breve resumen que presentó al Congreso de americanistas de Roma (43).

No puedo dejar de mencionar trabajos como el relativo a las ruinas de Capischango, donde planteó el problema de la superposición de culturas en plena región calchaquí (37); sus artículos y conferencias sobre las ciudades precolombianas del Perú (9, 19, 20, 34) y sus noticias sobre las chulpas puneñas, construcciones de misterioso significado (47, 49).

Otro mérito, casi desconocido fuera de un pequeño círculo de especialistas y que me atrevo a vaticinar será para las generaciones futuras la culminación de la obra del doctor Debenedetti, es el de haber descubierto e interpretado por vez primera los ricos repositorios de Los Barreales, en cuya explotación logró interesar a don Benjamín Muniz Barreto, quien, enviando al ingeniero Vladimiro Weiser, en varios años de exploraciones sistemáticas, reunió una colección de inapreciable valor, confiada actualmente a la custodia de este Museo.

Las piezas de esa colección proceden de las localidades de La Ciénega y La Aguada, en el valle de Hualfín, provincia de Catamarca. La población actual es allí insignificante, compuesta de algunos ranchos miserables donde vegetan las contadas familias que se resisten a abandonar una tierra día a día más estéril. El proceso de despoblación es constante debido a la disminución progresiva de las lluvias y a la consiguiente sequedad del terreno. Pero en otros tiempos debieron

existir allí grandes poblaciones, a juzgar por la extensión de sus cementerios. No se conservan vestigios de las viviendas primitivas, probablemente a causa de la escasa solidez del material empleado, destruido y aventado por la acción del tiempo y las inclemencias del ambiente.

Tampoco ha sido posible exhumar restos humanos que permitan establecer las correlaciones antropológicas pertinentes. En cambio, la abundancia y novedad de su acervo arqueológico es tan grande que podemos ya asegurar que las colecciones de La Ciénega y La Aguada marcan el punto de arranque de una senda aun no explorada que nos llevará al mejor conocimiento del pasado argentino. Esas colecciones revelan, en efecto, para los valles de Catamarca la existencia de una civilización insospechada, seguramente prehispánica y ni siquiera influida por ninguna de las formas indígenas conocidas que precedieron inmediatamente a la llegada de los conquistadores.

Debenedetti ha diferenciado en esas colecciones tres tipos de cerámica fundamentalmente distintos a todos los estudiados por nuestra arqueología, deshaciendo así la leyenda de uniformidad cultural hasta ahora consagrada. Algunos tipos, tal vez, habían sido objeto de hallazgos esporádicos; pero sólo en presencia de un conjunto tan vasto como bien diferenciado, es posible y necesaria la discriminación de esta otra cultura que, al parecer, se desarrolló en esos valles sin difundirse y se extinguió sin dejar sucesores.

Las formas y la ornamentación de esa cerámica no pueden vincularse a la del tipo calchaquí. Algunas parecen encuadrar dentro del llamado estilo « draconiano », hasta ahora no bien definido y que, probablemente, podrá ser en adelante mejor estudiado en presencia de estos nuevos aportes. La cerámica de La Ciénega y La Aguada, generalmente decorada en color negro brillante, representa, además, un estado cultural que había llegado a la etapa más alta de su desarrollo. Fué habilmente trabajada con arcilla escogida, sorprendiendo que puedan haberse obtenido formas tan delicadas si se tiene en cuenta que los indígenas desconocían el uso del torno, debiendo moldearlas a mano. Muchas de estas piezas tienen paredes tan finas que, al percutirlas, suenan como porcelana, detalle que en América, sólo se encuentra en algunas vasijas de Nasca, en el Perú. En una colección tan numerosa, era forzoso encontrar una gran variedad de formas que abarcan desde las más sencillas hasta los ejemplares únicos de concepción original, con abundante decoración zoomorfa y antropomorfa, además de los frecuentes motivos geométricos, limpiamente estilizados y distribuidos con simetría.

Confiaba Debenedetti en poder dedicar a estos hallazgos un estudio particular, porque había presentado toda la importancia de este nuevo elemento desconocido. Desgraciadamente, apenas pudo bosquejar la pequeña introducción que he sintetizado, destinada a la edición de un

volumen de *Ars americana* que acababa de aparecer lujosamente editado en París (51). Esa misma publicación a la que dedicó sus últimos afanes, ha aparecido después de su muerte, quedando así como un verdadero testamento por el que lega a sus sucesores la tarea de explotar el rico venero que él no pudo más que señalar.

Aun sumariamente expuesta, se observa que la obra del doctor Debenedetti abarca en su conjunto los problemas más interesantes de la arqueología argentina. Queda dicho también que, en todos los casos, no era la suya una fácil y cómoda información bibliográfica adquirida en el descanso de los gabinetes y de las bibliotecas, sino el resultado de la investigación personal perseguida fatigosamente en los más apartados rincones de nuestro suelo, afrontando penosas marchas a través de desiertos hostiles y acampando por largos períodos en chozas miserables. El tiempo insumido en esas excursiones, con ser tantas, tan frecuentes y continuadas, no le dispensó de la atención meticulosa de las múltiples ocupaciones propias de los cargos a que había sido llevado en razón de sus méritos reconocidos.

Para comprender la actividad incansable de este hombre de excepción, recuérdese que paralelamente a todo el trabajo anteriormente indicado, concurría a las sesiones de la Junta de historia y numismática de la que era socio activo y principal; formó parte de los consejos de esta Universidad; desempeñaba con asiduidad la cátedra de arqueología americana en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, realizando allí una brillante labor docente, iniciando a sus discípulos en los secretos de las artes y del vivir pretéritos e inculcándoles el interés y el amor por un pasado remoto, definitivamente hundido en la historia, en cuya evocación se complacía su alma de artista enamorado de la belleza en todas sus manifestaciones y, por encima de todo, ejercía con notable eficiencia la dirección del Museo Etnográfico.

En éste, como en otros muchos cargos que desempeñara, hubo de suceder a su maestro Ambrosetti y, más afortunado que él, pudo alcanzar para esa institución las comodidades elementales para la exposición de sus colecciones. Es sabido que, al asumir Debenedetti la dirección de aquel Museo, las colecciones se amontonaban en los sótanos de la Facultad de filosofía y letras y a medida que acrecían en número desbordaban por pasillos y corredores, sin que fuera posible agruparlas por series y en muchos casos, ni siquiera exponerlas a la curiosidad de los aficionados. Inútiles fueron los empeños del doctor Ambrosetti para obtener un local adecuado para esa verdadera Cenicienta de las instituciones científicas argentinas.

Contra los inconvenientes de tan precaria ubicación hubo de luchar el doctor Debenedetti en los primeros años de su dirección, logrando

tras múltiples gestiones, la cesión del actual edificio que, si no responde al ideal anhelado, importa un verdadero desahogo respecto a las angustias anteriores.

Una vez en posesión del local, pudo consagrarse por entero a una reorganización que, en cierta medida, equivale a una nueva fundación de ese Museo que hoy representa con honor una rama especializada de nuestra actividad científica. Durante la dirección del doctor Debenedetti, aun cuando era difícil salvar los inconvenientes derivados de la escasez de recursos, las colecciones han sido distribuidas en forma apropiada para facilitar su estudio y las necesarias comparaciones; nuevas piezas se han sumado al ya ponderable conjunto y se han reanudado las publicaciones que difunden los resultados de los estudios que allí se realizan.

Quiero recordar finalmente otra función varias veces desempeñada por Debenedetti con dignidad y competencia. Me refiero a su participación en los congresos de americanistas, a los que llevó la representación de los centros científicos argentinos y en cuyo seno supo granjearse el respeto de los más eminentes colegas por la seriedad de su información y la serenidad de su juicio.

Bosquejada la actividad desplegada por Debenedetti en el campo de las investigaciones, de la docencia y en las funciones directivas de establecimientos culturales, creo que este acto recordatorio parecería trunco si olvidara referirme a las condiciones personales que le adornaban y que, salvando las barreras de la jerarquía, conquistaban el afecto de los que tenían la suerte de tratarle, aun antes de que su inteligencia se impusiera por natural gravitación de superioridad.

Un eminente hombre de ciencia francés, Mr. Paul Rivet, que había frecuentado su trato, ha dicho en un sentido artículo necrológico que en el carácter de Debenedetti se amalgamaban la rudeza del gaucha con la agudeza de ingenio y la afición artística heredada de sus antepasados itálicos. El juicio así concisamente expuesto no reproduce fielmente la silueta moral de nuestro amigo.

Su mentalidad era seguramente la de un europeo supercivilizado, no obstante su nacionalismo exhuberante y su orgullo de argentinidad; eran un legado ancestral su espíritu de iniciativa, su resistencia al trabajo, su gusto por las artes. Pero eran muy propias del país, contagio indiscutible del medio, no la rudeza gaucha acaso representada por la sencillez de sus costumbres, por la independencia de su juicio y la varonil entereza de sus opiniones, sino su vivacidad alerta de porteño y también — ¿por qué no decirlo? — su propensión a la clásica travesura criolla entre cuyas risas naufragan las más graves preocupaciones.

Era sencillo en sus maneras y nada más ajeno a su idiosincracia que

la infatuada gravedad del pedante. No se aisló en el reducto hostil de su especialidad, sino que se mantuvo abierto a todas las inquietudes espirituales, conviviendo con sus conciudadanos las vicisitudes de la vida pública. No cargaba innecesariamente sobre subordinados o discípulos el peso de una autoridad que no necesitaba imponer por rigidez de reglamentos. Franco y leal, su palabra expresaba con claridad y sin reticencias el fondo mismo de su sentir. Fiel en los afectos, su amistad era un refugio seguro en las horas amargas y regalo espiritual en los momentos placenteros. Inaccesible a las bajas pasiones, jamás albergó en su pecho ninguna rivalidad mezquina. Sereno y tolerante, supo excusar los errores ajenos y reconocer los propios, anticipándose a las críticas y cuando éstas se ensañaron contra él, muchas veces sin motivo, algunas excesivas, menospreció el agravio desdeñando una defensa innecesaria a la sinceridad de sus convicciones y a la limpieza de su intención. En resumen, cualesquiera y por grandes que sean los títulos del doctor Debenedetti como hombre de ciencia, con seguridad debe ser superior aun el juicio que nos merece como simple hombre.

Señoras y señores :

Con palabras que sé descoloridas he intentado evocar una personalidad tan cara a nuestros afectos.

Cercana aún su muerte inopinada, nos es todavía difícil acostumbrarnos a la idea de su ausencia sin retorno y pareceme redundante insistir en destacar su obra o en ampliar pormenores de su labor cuando todavía subsiste intensamente su recuerdo. Para nosotros, amigos, colegas o simples contemporáneos fuera tal vez innecesario perpetuar su efigie que aun conserva nuestra retina, como aun suena en nuestros oídos el eco de su voz.

El homenaje que hemos rendido es, pues, más que para nosotros, un legado para el futuro, a fin de que a las generaciones venideras que gusten de estos estudios tan apasionantes y vengan a saciar en esta casa su sed de conocimientos o a satisfacer su ingenua curiosidad les sea familiar la figura del maestro de la primera hora, que labró huella honda y perdurable en el campo casi inexplorado y tras cuyos pasos habrán de marchar para llegar a la fuente original y límpida de los descubrimientos trascendentales.

Allí queda su figura para recoger el homenaje silencioso de los visitantes. Nosotros le hemos rendido el nuestro, honrándonos en nuestra propia conciencia y ante el juicio extraño, porque no es común hacer justicia pronta y sincera a una vida bellamente vivida, consagrada con desinterés a la ciencia.

BIBLIOGRAFÍA <sup>1</sup>

1. *El valle Calchaquí*, en *América*, año II, números 104-105, 23-27. Buenos Aires, 1906.
2. *Hacia Calchaquí (Notas de Viaje)*, en *América*, número 133, 469-471. Buenos Aires, 1907.
3. *Arqueología argentina. II. Primera expedición a la región Calchaquí. Los yacimientos de la Pampa Grande*, en *Boletín del Centro Estudiantes de Filosofía*, III, 75-80. Buenos Aires, 1908.
4. *Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón (Valle Calchaquí, Provincia de Salta)*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, IX, 565-600, 626-642. Buenos Aires, 1908.  
La tirada aparte, folleto de 55 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 4.
5. *Investigaciones sobre arqueología de Jujuy*. Conferencia, 54 páginas. Jujuy, 1909.
6. *Arqueología argentina. III. Segunda expedición a la región Calchaquí. Kipón*, en *Boletín del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, IV, 32-44. Buenos Aires, 1909.
7. *La sumisión de los indios del Chaco. El factor religioso, militar e industrial*, en *Renacimiento*, I, 360-370. Buenos Aires, 1909.
8. *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca. Provincia de Jujuy). Campaña de 1908*, 263 páginas. *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 6. Buenos Aires, 1910.
9. *Ciudades peruanas de los tiempos pre-colombianos*, en *Renacimiento*, año II, número 2, 225-231. Buenos Aires, 1910.
10. [*La Facultad de Filosofía y Letras y la enseñanza de la arqueología americana*], Conferencia del doctor ... Delegado especial de la Facultad de Filosofía y Letras y del Museo Etnográfico de Buenos Aires, en *Boletín de la Oficina nacional de Estadística*. Números 58-59-60, 356-363. La Paz, Bolivia, 1910.

<sup>1</sup> Dada la índole del homenaje tributado al doctor Debenedetti, se ha excluido de su bibliografía las publicaciones que, aunque conocidas, no tienen vinculación con sus estudios arqueológicos o con sus actividades científicas y académicas. Se agrega, asimismo, el discurso pronunciado, en el acto del sepelio, por el profesor Vignati. — (Nota de la Dirección.)

11. *Noticia sobre un cementerio indígena de Baradero*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XIII, 401-414. Buenos Aires, 1911.  
La tirada aparte, folleto de 16 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 9.
12. *Arqueología argentina. Las antiguas colecciones y las recientes. Métodos para su formación. Ciudades y cementerios prehistóricos. Trabajos en el campo de la exploración y en el gabinete*, en *Boletín del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, IV, 14-16, 20-24. Buenos Aires, 1911.
13. Comentario bibliográfico de la monografía de Luis María Torres, *El totemismo. Su origen, significado, efectos y supervivencias*, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, año I, número 10, 619-620. Buenos Aires, 1911.
14. *Ameghino. Una faz de su obra*, en *Nosotros*, VI, 217-222. Buenos Aires, 1911.
15. *Los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara (Provincia de Jujuy)*, en *Actas del XVII° Congreso internacional de Americanistas. Sesión de Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910*, 502-508. Buenos Aires, 1912.
16. *Excursión del XVII° Congreso internacional de Americanistas a Bolivia y Perú. (Del diario de viaje)*, en *Actas del XVII° Congreso internacional de Americanistas. Sesión de Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910*, 627-676. Buenos Aires, 1912.
17. *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino. (Nota preliminar)*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XVII, 326-348. Buenos Aires, 1912.  
La tirada aparte, folleto de 27 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 11.
18. *Influencias da (sic) la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino*, en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVII Session, London, 1912*, 298-300. London, 1913.
19. *Las ruinas de Tiahuanaco*, en *La Nación*, número 15.189, viernes 19 de septiembre. Buenos Aires, 1913.
20. *Arqueología precolombiana*, en *Caras y Caretas*, año XVI, número 744, sin foliación. Buenos Aires, 1913.
21. *Sobre la formación de una raza argentina*, en *Revista de Filosofía*, año I, número VI, 415-422. Buenos Aires, 1915.

22. *Noticia sobre una urna antropomórfica del valle de Yocavil (Provincia de Catamarca)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXIII, 196-205. Buenos Aires, 1916.

23. *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXXII, 61-99, 226-256; XXXIV, 122-167, 339-405. Buenos Aires, 1915-1916.

La tirada aparte, volumen de 184 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 15. Buenos Aires, 1917.

24. *Florentino Ameghino. A propósito de su nacionalidad. Una observación lógica*, en *La Opinión*, 19 de septiembre, Avellaneda, 1916.

25. *Ambrosetti y su obra científica*, en *Revista de Filosofía*, VI, 241-259. Buenos Aires, 1917.

26. *Los yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina (Provincia de La Rioja)*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, III, 386-404. Buenos Aires, 1916-1917 [1917].

27. *Discurso pronunciado en: Homenaje al doctor Juan B. Ambrosetti*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXXVIII, 501-509. Buenos Aires, 1918.

La tirada aparte, folleto de 13 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 16.

28. *La XIVª expedición arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras. Nota preliminar sobre los yacimientos de Perchel, Campo Morado y La Huerta, en la provincia de Jujuy*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, IV, 196-207. Buenos Aires, 1918-1919 [1918].

La tirada aparte, folleto de 14 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 17.

29. *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, provincia de Jujuy)*, en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba*, XXII, 287-318. Córdoba, 1918.

La tirada aparte, folleto de 34 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 18. Buenos Aires, 1918.

30. *Discurso pronunciado en el acto de la recepción del doctor ... Junta de Historia y Numismática americana*, en *Helios*, I, 252-262. Buenos Aires, 1918.

31. *Resultados generales sobre la arqueología de los valles preandinos de la provincia de San Juan*, en *Primera Reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales. Tucumán, 1916*, 523-524. Buenos Aires, 1918-1919.
32. *Las ruinas del Pucará de Tilcara (Jujuy)*, en *Revista Continental*, año I, número 1, sin foliación. Buenos Aires, 1919.
33. *Los viejos pueblos montañoses del extremo Norte argentino. Conferencia leída en el teatro Roma, la noche del 4 de agosto, bajo los auspicios del Centro Estudiantes de Avellaneda*, en *La Libertad*, números 553 al 562, de los días 7 al 19 de agosto. Avellaneda, 1919.
34. *Las ruinas de Tiahuanaco (conferencia)*, en *Revista del Centro de Estudiantes de ingeniería*, XX, 348-362. Buenos Aires, 1919.
35. *Aclaraciones a propósito del artículo «El turno de los Mecenas. Las investigaciones de Ameghino»*, aparecido en *La Nación* de Buenos Aires, en abril 19 de 1919, en *Boletín de la Universidad nacional de La Plata*, II, 140-141. La Plata, 1919.
36. *Discurso pronunciado en el sepelio de Samuel A. Lafonte (sic) Quevedo*, en *Verbum*, XIV, 254-256. Buenos Aires, 1920.
37. *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca)*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI, 745-788. Buenos Aires, 1921.

La tirada aparte, folleto de 46 páginas foliadas, se ha repartido como *Publicaciones de la sección Antropológica*. Facultad de Filosofía y Letras, número 20.
38. *Noticia sobre yacimientos arqueológicos en la cuenca del río San Juan Mayo, provincia de Jujuy*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, V, 339. Buenos Aires, 1921-1922 [1922].
39. *Homenaje a José Toribio Medina. Discurso pronunciado en la Junta de Historia y Numismática americana*, en *La Nación*, número 18.648, del 19 de agosto. Buenos Aires, 1923.
40. *Discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras, presentando al doctor Hugo Obermaier*, en *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, I, 342-343. Buenos Aires, 1926.
41. *Discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras, presentando al doctor Paul Rivet*, en *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, II, 433-434. Buenos Aires, 1927.

42. *Discurso del doctor ... en la inauguración del nuevo edificio del Museo Etnográfico*, en *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, II, 437-438. Buenos Aires, 1927.
43. *Los yacimientos arqueológicos de las márgenes meridionales de las lagunas Guanacache (Rep. Argentina)*, en *Atti del XXII Congresso internazionale degli Americanisti. Roma, settembre 1926*, I, 505-508. Roma, 1928.
44. *Relaciones culturales prehispánicas en el noroeste argentino*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, IX, 113-117. Buenos Aires, 1928-1929 [1928],
45. *Presentación [del doctor Paul Rivet al otorgársele el título de socio correspondiente de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales]*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, IX, 107-108. Buenos Aires, 1928-1929 [1928].
46. *Discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras, presentando al doctor Walther Lehmann*, en *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, IV, 643-644. Buenos Aires, 1929.
47. *Cavernas sepulcrales en el valle del río San Juan Mayo (Prov. Jujuy) R. A.*, en *La instrucción secundaria*, número XV, 6-11. Buenos Aires [1929].
48. *Restauración del Pucará* (capítulo separado de *Las ruinas del Pucará*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, número II, primera parte, pp. 134-142). Buenos Aires, 1929.
49. *Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo*, en *Notas del Museo Etnográfico*, número I. Buenos Aires, 1930.
50. *Las ruinas del Pucará. Tilcara, quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, número II (primera parte). Buenos Aires, 1930.
51. *L'ancienne civilisation des Barreales du nord ouest argentin. La Ciènega et La Aguada d'après les collections privées et les documents de Benjamin Muniz Baretto (sic)*, en *Ars americana*, II. Paris, 1931.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DEL SEPULCRO  
EL DÍA 5 DE NOVIEMBRE DE 1930, POR MILCÍADES ALEJO VIGNATI

Señores:

El Museo Etnográfico, hogar de su predilección y de sus afanes, el Museo de La Plata, cuyo cuerpo de profesores honra, el director del

Museo de esa ciudad y su personal técnico, vienen, por mi intermedio, a hacerse presentes en esta triste hora de entregar a la tumba los despojos mortales del doctor Debenedetti, sumando su congoja al sentimiento unánime de pesar que ha suscitado su inesperada muerte.

La noche lo envolvió de repente, cuando mediaba la jornada, defraudando la esperanza de compañeros y discípulos que le auguraban una madurez fecunda y un crepúsculo límpido y sereno. Nos deja su obra hecha de inteligencia y de perseverancia, de claridad y de orden, trunca mas no imperfecta, bella y substanciosa, como la flor que no cuaja en fruto, como el fruto que no germina en semilla.

Discípulo predilecto de aquel ilustre sabio y varón ejemplar que fué el doctor Ambrosetti, había adquirido a su lado el dominio de su difícil especialidad y sobre todo, había aprendido de él la suprema lección de benevolencia, de rectitud y de sencillez que, al fundirse con su bondad ingénita, formaron la fina aleación de su carácter.

Pudo, así, por méritos indiscutidos y en plena juventud, ocupar dignamente un lugar destacado en nuestro ambiente científico. Su saber iluminaba las inteligencias y su bondad llegaba al corazón y, en la cátedra, en los consejos universitarios y en la dirección de institutos, llenó cumplidamente su tarea, respetado y querido, enseñando con la palabra y con el libro y educando con el ejemplo.

Por simple acción de presencia infundía a cuanto le rodeaba sus más bellas cualidades. Así hizo a su imagen y semejanza al Museo Etnográfico, cuya etapa decisiva le tocó presidir; limpio como su sentir, claro como su mente, ordenado como su acción, elegante como su espíritu. Larga y profunda huella deja allí marcada y cualesquiera sean las evoluciones que ese instituto realice, allí estará su recuerdo, alentador y sereno, como si aun paseara, entre las cuidadas vitrinas y las tinajas policromas, su figura bien amada.

#### Doctor Debenedetti:

Al formular nuestra despedida sin respuesta queda con nosotros la esencia de tu vida, como guía y modelo. Y al entregar tu cuerpo a la vulgaridad de una tumba ciudadana, idealmente ubicamos el lecho de tu eterno reposo en alguno de tus queridos cementerios, en un rincón humilde de la Quebrada histórica, en el seno de aquella tierra sagrada del altiplano, bajo el sol quemante, cara al cielo, sin nubes, cerca de Dios.